

- Uno de esos miserables decia á su compañero:
 —Qué te parece la estatua?
 —Bien.
 —Yo creo que está incompleta.
 —No lo he notado.
 —Pues falta una figura puesta en ancas de ese caballo.
 —¿Cuál?
 —La de Godoy, favorito de la reina.
 —El marido y el---- no está mal pensado.
 Las damas se sonrieron al oír lo picante del epígrama, como todo lo que sale de los labios del pueblo.
 —Esa osadía debe castigarse severamente.
 —Soy de la misma opinion.
 —Y decís que los han aprehendido?
 —Yo lo he presenciado, el alcalde Pinillos los ha conducido á la cárcel.
 —Le recomendaré el ejemplar castigo de esos miserables.
 —El alcalde es propio para semejantes comisiones.
 —Lástima que sea tan candoroso, dijo Amelia.

IV.

En aquel momento se dejó ver en el salon el alcalde Pinillos. Estamos de broma esta noche, señora vireina, dijo la jóven.

- Así parece.
 El alcalde se acercó á S. E. respetuosamente y fingiendo una gran fatiga.
 —Sentaos, alcalde, y contadnos algo de nuevo.
 —Hay mucho, excelentísima señora, pero lo de última hora es la aprehension de dos malhechores, que pretendian que se pusiese á horcajadas sobre el caballo de S. M. á vuestro noble pariente el excelentísimo señor Godoy.

- Es una ocurrencia de mal tono.
 —Por supuesto que yo eché una arenga en la plaza, desmintiendo á voz en cuello los amores de Godoy con S. M. María Luisa.
 —Os lo habia dicho, señora, dijo Amelia.
 —No os engañásteis, este señor alcalde ve mas allá de donde debiera, por ese celo excesivo que lo distingue.
 —Gracias, excelentísima señora, yo no hago mas que cumplir con mis deberes.
 —Eso de la arenga ha estado perfectamente, dijo Amelia.
 —Me glorió de ello, señorita, y estoy dispuesto á repetirla en pleno salon; porque me jacto de ser galante con las damas y mas aún con mi reina.
 —No hagais semejante cosa, señor de Pinillos.
 —Ya he formado empeño, y proclamaré que es un absurdo lo del adulterio de S. M., y las citas con el ministro, y las----
 —Por Dios, alcalde, que nos estais haciendo sufrir espantosamente!
 —Lo cual quiere decir que cuando se os ofrezca, hallareis en mí el mas decidido campeon.
 —Es un tonto de remate, dijo por lo bajo la vireina.
 —No faltaba mas, proseguia el alcalde, sino que dos mentecatos se propusieran mancillar honra tan pura.
 —Hablemos de otra cosa, señor de Pinillos: habeis dado con vuestra hechicera?
 —No, pero mañana se procede en el Santo Tribunal á las primeras diligencias y de ahí saldrán cosas maravillosas.
 —¿Y quiénes son los presos?
 —Lo ignoro, pero al padre Pontolongon se le hará hablar muy alto, así como á un sacamuelas; todos ellos tenian pacto y amistad con las brujas.
 Las damas se santiguaron.
 —Se verá tambien la causa de la familia Marroquin por infidencia y heregía.

—Lo primero se puede pasar, pero lo segundo es horrible.

—Hemos de extirpar á los herejes, los hemos de confundir y de pulverizar.

—Bien hecho, respondió Amelia.

—Parece que os burlais, señorita; pero esa familia Marroquin es de lo mas criminal: figuaros que el padre de esa tribu es un herejazo mas alto que esa puerta, y que merced á sortilegios se ha hecho de un gran caudal para ponerse de acuerdo con los franceses y entregarles el reino.

—¡Qué crimen!

—Ese hombre ha trazado círculos en las paredes con signos misteriosos; todo eso lo sabe el Santo Oficio, aunque el malvado de Marroquin los habia borrado cuando llegó la justicia.

—Bien, la cosa es clara como la luz.

—Ese hombre no se quita el sombrero á las oraciones, y se cuenta que pasó junto á una *ánima*, sin rezarle un sudario; que hace poco dijo que le molestaban las campanas porque le aturdián, y que los señores sacristanes iban á medias con las limosnas de los fieles; por supuesto que toda la gente de sacristía se ha puesto furiosa, y acusa formalmente al impío de blasfemo y sacrílego. Aseguran tambien que se expresó mal y en términos indecorosos, de las mulas que tiran de la *estufa* del Viático.

—Sacrilegio espantoso! exclamó una vieja, que llena de adornos queria sobresalir en el círculo de la vireina.

—Yo creo, continuó Pinillos, que á la primer vuelta del tormento, le arancarán el secreto de sus abominaciones.

—Es natural, dijo Amelia, el tormento es un medio bien persuasivo para-----

—Callad, señorita, estais diciendo herejías.

La esposa de Branciforte, que tenia un cariño especial por Amelia, trató de interrumpir el gracioso diálogo que la jóven habia entablado con el pobre alcalde.

—Comienzan ya los fuegos, amigas mias, acercaos que el espectáculo bien lo merece.

En aquel entónces la pirotecnia no estaba tan adelantada como hoy, y el espectáculo de los fuegos era sumamente cargante.

Un morillo que se prolongaba á veinte varas de altura, revestido de un armazon de varas á las que estaban atadas multitud de bombas y unas ruedas que arrojaban resplandores de luz, figurando soles, y en el remate de aquel aparato que llamaban *castillo*, una *canastilla* de cohetes. Comenzaba á quemarse rueda por rueda, subiendo el fuego á su vez á los distintos cuerpos del *castillo*, hasta prenderse la canastilla. Entónces el pueblo le silbaba al artífice, y la diversion estaba concluida.

No obstante, la diversion por ser gratis era concurrida, y los fieles súbditos de S. M. se daban por satisfechos con aquel obsequio; cierto es tambien que los soldados para arreglar la fiesta repartian culatazos y bayonetazos á diestra y siniestra; pero los soldados tienen siempre razon, y mientras esté vigente la ordenanza de Carlos III, ellos tienen de vivir en el siglo feliz en que se puso en vigor ese precioso código. "Cartucheras al cañon."

V.

Doña María dejó en su coche á la hija de Treviño, mientras ella se dirigia al palacio, donde era recibida por la vireina bajo el título de la condesa del Milagro.

La gitana se hizo por dinero de ese título, y merced á él, podia introducirse en los altos círculos de la corte, que regla antigua es que el oro abre todas las puertas.

La gitana estaba esa noche en una de sus metamórfosis; concíasele sin embargo su poca versacion en las maneras distinguidas de sociedad.

La noche del dia en que se colocara la estatua de Carlos IV, Doña María quiso que la jóven hija del portugues viese desde el coche el espectáculo de los fuegos artificiales, á cuyo efecto situó su carruage en la boca-calle del Seminario.

La jóven permanecía divagada, cuando vió atravesar á Pedraja con la carpanta de sus amigos.

—Cosa extraña! murmuró Rosalía, mi corazón no se altera á la vista de ese hombre; cierto que ese aspecto de miseria que lleva y el recuerdo de aquella noche cuando le ví empapado en la sangre de don Félix, lo hacen aparecer repugnante ante mis ojos. ¿Qué hubiera hecho al lado de ese desalmado, sin porvenir y llena de desgracias?----- Dios me ha salvado de una manera providencial----- Pero que veo?----- no me equivoco, he ahí á fray Angel de la Divina Infantita seguido de un lego; yo creía que habia muerto; vamos, que el reverendo padre debe de tener los huesos muy duros.

Quedóse Rosalía pensando en todos los acontecimientos surgidos desde la noche memorable de su fuga.

—¿Qué habrá sido de mi padre? Doña María me ha ofrecido indagar, y si es posible, lo que para mí es un sueño, volverle á estrechar entre mis brazos!----- ¿qué hará sin mí?-----

Dos lágrimas corrieron á lo largo de sus pestañas, á la influencia de aquel tristísimo recuerdo.

Preocupada estaba la jóven cuando de repente una bomba caída entre los caballos del tiro, lo espantó; partieron de súbito sin obedecer la rienda, y se lanzaron atropellando á la multitud, que entró desde luego en alarma.

Una de las ruedas delanteras del carruaje se desgranó y el coche se volcó, poniendo en gran peligro á Rosalía.

El capitán de los guardias, del virey se acercó al carruaje, y sin saber á quien se dirigía, dijo en voz alta y tendiendo su mano.

—Salid, señora, salid al momento porque apenas puede contenerse á estos animales que están furiosos.

Abrió la portezuela, y la hija de Treviño con ese ánimo que da el terror, saltó del carruaje y se encontró al lado de don Félix de Quintanar.

—Siempre vos! exclamó la jóven sin poder contener su alegría.

—Señora, respondió entusiasmado don Félix, estrechando la mano de Rosalía, venid y os conduciré á vuestra casa.

Los dos amantes se echaron á andar por la plaza, cuando oyeron de improviso la voz de Pedraja que gritaba como un loco:

—¡Deteneos! ¡deteneos!

En aquel momento don Manuel Treviño descubrió al estudiante, y tomándolo por la garganta le dijo con voz terrible:

—Volvedme á mi hija, miserable, ú os arranco la vida!

—¡Mi padre! exclamó Rosalía, y soltándose del brazo del capitán corrió á arrojarle á los pies de Treviño.

—Una oleada de gente arrolló á don Félix, que pugnaba en vano con toda su fuerza por huir de aquel torrente, pero que lo arrastró hasta el otro extremo de la plaza.

Fray Angel divisó al portués y quiso apersonarse con su antiguo amigo, cuando el alguacil Lanzarote, como un buitro, reconoció en la oscuridad de la noche al padre de Rosalía y sin dar órdenes á sus subordinados, lo arrebató del lado de Pedraja y poniéndolo entre la patrulla lo llevó á las cárceles del Santo Oficio.

Rosalía daba de gritos y lloraba de desesperacion.

Echóse á andar como una loca por las calles, atravesó las del *Reloj*, volvió hácia la izquierda que es la de la *Enseñanza*, detúvose á la puerta de la iglesia, arrodillóse en el dintel y comenzó á orar fervorosamente.

Se habia pasado un cuarto de hora cuando la puerta del convento se abrió dando paso á un fraile que salía de confesar á una religiosa.

Rosalía penetró en el recinto sagrado y acercándose á la monja tornera le suplicó llamase á la superiora.

La presencia de la jóven á aquella hora, atrajo la curiosidad de la abadesa y bajó inmediatamente á la portería.

Habló un cuarto de hora la hija de Treviño con la religiosa, como en el secreto de la confesion.

—Bien, hija mia, dijo la monja, pasad; y vos, madre tornera, cuidado con decir una palabra bajo la pena de excomunion mayor.

Las puertas del convento se cerraron como las de la tumba, y Rosalía quedó bajo la sombra protectora del techo sagrado.

CAPÍTULO XX.

MORTE MORIERIS.

I.

El señor de Treviño estaba encadenado en uno de los calabozos mas sombríos de la Inquisicion y reencargado al terrible alguacil Lanzarote, que lo tenia por brujo, y queria vengarse de la mala pasada de la bruja.

En cuanto al padre Pontolongon y al barbero, los habian puesto en una misma estancia.

El maestro de aposentos de san Nicolas estaba horriblemente feo, los cabellos le habian crecido y una selva espesa de barba le cubria por completo el rostro; sus vestidos talaes estaban en jirones, y todo aquel conjunto inspiraba horror y repugnancia.

El señor de Ramos, con la miseria habia tomado un aspecto simplemente ridículo: sus medias dejaban ver por sus boquetes las pantorrillas acartilaginadas, y sus codos salian por la chupa raída; sus zapatos no tenian su forma primitiva y la *coleta* estaba destrenzada.